

15 de Marzo de 1908. Año V. N.º 102.

Redacción y Administración: Plaza de San Ildefonso, 1. Apartado en Correos n.º 336.

Inconcebible sangre fría



En el sitio denominado *Els Tallos*, término de Alcira, en la provincia de Valencia, se ha cometido un asesinato, que por las condiciones en que se ha ejecutado, por la falta de motivo bastante para explicarlo y por la perversidad y ensañamiento demostrado por el criminal, puede citarse como modelo de perfidia humana. A decir verdad, de tal modo se evidencia ésta y en tan varias formas se destaca, que caminando de sorpresa en sorpresa, nunca puede saberse dónde se va á parar.

Un pobre pastor guardaba su rebaño de ovejas. Descuídos perfectamente comprensibles ó negligencias disculpables, pero siempre limitadas al mejor ó peor desempeño de este modesto cargo, hicieron que cierta parte de aquel ganado penetrara en un campo próximo, produciendo en él daño de alguna consideración.

Hallábase, por su mal, dentro del mismo el propio dueño, y al observar el perjuicio que se le paraba, no pensó más que en tomar inmediata y ejemplar venganza.

Acudió donde el pastor se encontraba; le recriminó, se agrió la cuestión, que degeneró en reyerta y concluyó porque el mencionado dueño, de veinticinco años, vecino del cercano lugar, disparara primero dos tiros de escopeta y luego otros dos de revólver contra el pastor, de apellido Rey; herido y ya medio moribundo, no bastó esta triste situación para desarmar al agresor; antes bien, enardeciéndose aún más con la sangre que acababa de derramar, abalanzóse sobre la pobre víctima y la degolló sin piedad.

Parecióle poco; era preciso aumentar á este horror otro horror ú otros horrores, encendió una hoguera, y con una serenidad pasmosa, como si se tratase de algo completamente ajeno á la vida de un hombre, cogió el cadáver, lo colocó sobre las llamas y presenció cómo lo iban consumiendo, hallándose él sentado al pie, mientras con tranquilidad musulmana fumaba sosegadamente un cigarro que encendió en la misma hoguera.

Por las cercanías y ejerciendo funciones de guarda, estaba también un hermano del muerto, que atraído por el ruído de las detonaciones, se aproximó. Presa de natural espanto, pudo presenciar la ultima parte de este siniestro drama; pero no pudo colegir ni sospechar que se trataba de su hermano. Fué

preciso que el criminal se lo hiciera saber al notar su presencia, amenazándole al mismo tiempo con adoptar contra él determinación igual, si se permitía la menor cosa en desagravio ó si le denunciaba siquiera.

Y, con la misma pasmosa serenidad de que había dado prueba en el curso de todo el suceso, se retiró, dejando petrificado de dolor y de sorpresa al único testigo de su hazaña.

Tuvo de ella conocimiento la Autoridad, y el autor del hecho se halla sometido á la acción de los Tribunales, que sin debilidad sabrán aplicarle el condigno castigo.

Mudos de ocasión.

Para explotar la caridad y para procurarse los recursos necesarios á la vida, todas las razas son aptas y todos los climas son á propósito.

La Policía alemana acaba de detener una banda de mendigos compuesta de turcos, griegos y rusos en admirable promiscuidad é inteligencia; los había jóvenes, viejos y de ambos sexos.

Dos de ellos no salían jamás á mendigar, y llamábanse Svoncos y Pontrolis; esa clase de trabajo estaba reservado á los jóvenes, que llevaban un librito, en cuya primera página se relataba, en alemán y en polonés, esta terrible historia:

«Soy originario de la villa de Monastier, en Macedonia. Mi padre poseía un almacén de manufacturas que representaba un valor extraordinario. El 18 de noviembre de 1904, cuando el último combate entre turcos y búlgaros, mi padre y mis dos hermanos fueron muertos, nuestra casa desvalijada y se me condujo prisionero, después de haberme cortado la lengua.

»Durante la noche del mismo día, conseguí evadirme en un pueblecillo cercano. Allí caí gravemente enfermo á causa de tanta emoción; perdí el oído y he quedado ya completamente mudo.

»Ruego á los buenos cristianos tengan piedad de mí y Dios les devolverá cien veces el óbolo que me entreguen.»

Esta historia producía siempre el efecto apetecido, y las limosnas abundaban que era un portento. Cerca de cincuenta duros era el ingreso diario, y á tal cuantía ascendió lo recogido, que tuvieron necesidad de depositar sus fondos en más de un Banco de Berlín. La imprudencia de uno de esos *artistas*, que se presentó en una casa donde su compañero había estado ya, despertó ciertas sospechas, que comunicadas á la Policía, dieron por consecuencia el descubrimiento de la superchería.

Al lado de éstos, nuestros *timos* resultan inocentes.

Desertor ó no serlo.

Si se trata de un tonto ó si es sólo un desgraciado, nuestros lectores lo dirán; nos limitamos á relatar el hecho, dejando que cada cual haga las deducciones.

Van Stel, súbdito belga, se incorporó en la época oportuna en un regimiento de su país; al poco tiempo desertó, pasó á Francia, y en esta nación, por no sé qué comezón de ánimo, contrajo un enganche de cincos años en la legión extranjera, que, como es sabido, se halla en Argelia.

El servicio muy rudo de aquel país no debió convenirle, porque abandonando las nuevas filas, ganó las brumas del Norte y se presentó á las autoridades belgas. Inscripto por segunda vez en un regimiento de su patria, Van Stel desertó en seguida, yendo á Francia, donde no tardó en saberse su paradero.

Detenido, fué reexpedido á Africa, otra vez á la legión extrajera, cuando de pronto cayó enfermo. A su salida del hospital le fué concedida una licencia, que pasó á disfrutar á Francia en Mauberge, donde reside su familia.

Pero el padre de este sujeto habita en Mons, población belga próxima á la frontera. La tentación era demasiado fuerte para el legionario, y allá marchó, y para que el desacierto fuera mayor, llevaba puesto gallardamente el uniforme, para llamar más la atención. Así sucedió que la Gendarmería le echó mano para que salde la cuenta que tiene pendiente con la ley militar belga.

Retenido allí, ahora resultará que por falta de incorporación á la legión francesa, una vez terminada su licencia, es nuevamente desertor de ella, y como al mismo tiempo lo es también por duplicado en su patria, he aquí un individuo que se ha pasado la vida cometiendo este delito y tiene que pasarse la que le quede cumpliendo las condenas á que por su imbecilidad se ha hecho acreedor.

Chulo de alto vuelo.

El tipo del hombre innoble y cínico que hace de la degradación de la mujer medio para vivir, no es en España completamente desconocido, en verdad; pero, por fortuna, no alcanza ni en número ni en forma la importancia que ha llegado á adquirir en la vecina Francia.

Para juzgar de cómo se usa por allí, daremos cuenta de un proceso de este género que acaba de fallarse por los Tribunales de París.

Titulándose barón de Gonzague de Castell, y en realidad sin más título nobiliario que su poca vergüenza, sostenía una vida fastuosa y elegante un joven de apuesta figura y aire distinguido. Para hacerlo así no contaba con más bienes de fortuna, ni otra profesión ó industria que la de saber imponerse, sirviéndose de las más terribles amenazas, sobre varias desgraciadas muchachas á quienes había hecho sus amantes.

Apelando cuando era preciso á la violencia, las obligaba á dedicarse á la más infamante prostitución y las exigía sumas que no bajaban de 8.000 francos mensuales.

Ultimamente tenía tres de estas infortunadas: una, Mlle. Eugenia Melfer, de diez y ocho años, artista; otra, Juliana Colombier, de veintiocho años, sin profesión, y la tercera, Juana Cordier, de diez y ocho años, modista.

Castell las lanzaba sobre la vía pública, en los principales cafés y otros sitios de numerosa reunión y las vigilaba cuidadosamente y se hacía entregar luego el dinero recogido en punto previamente concertado.

Era tan exigente, que una de sus víctimas ha depuesto ante el Tribunal, que no habiendo podido entregarle un día más que 60 francos, su protector la injurió de palabra y obra agregando:

—¡Esto es la miseria! ¡Con esta cantidad no tengo más que lo absolutamente indispensable para comprar pan y queso!

Pero no se contentaba solamente con ejercer este vil oficio: despojaba también á sus amigas no sólo de sus alhajas, sino hasta de sus vestidos.

Cinco años de prisión le hacen caer en la cuenta de que era *algo indigno* este proceder.

El progreso de los pueblos ha de evidenciarse hasta en los más pequeños detalles; con mayor motivo si no se se trata de ninguno de naturaleza pequeña.

En París impera desde hace tiempo el bandolerismo, como es sabido; los señores *apaches*, burlando la acción de la Policía, son dueños de las calles desde ciertas horas de la noche. Pues ahora son las mujeres las que invaden el terreno de aquéllos, haciendo aún más difícil la vida en la gran ciudad.

Pasaba M. Herrel por el boulevard de la Chapelle, cuando cinco hijas de Eva le rodearon, le dieron el consabido *coup du père François*, le golpearon horriblemente, le desvalijaron hasta despojarle de los pantalones y de las botas y hubieran continuado su obra de salvajismo si á los gritos no acudieran los agentes.

Perseguidas las autoras del hecho, sólo después de heroica resistencia y de multiplicarse los representantes de la autoridad, pudieron caer en manos de éstos.

Proceso de traición.

La nación francesa ha estado conmovida durante algunos meses con su inevitable *affaire du traite*. Esta vez ha correspondido el turno á la Marina, y el *traidor Ullmo*, oficial de la Armada de aquella república, es el que acaba de jugar tan triste y poco envidiable papel

Su nombre permanecerá famoso en los anales de los traidores; el que acaba de ser condenado por el Consejo de Guerra de Toulon á la pena de deportación en una fortaleza, parece una figura creada para demostrar hasta qué punto de maldad y de infamia pueden conducir las pasiones no refrenadas á tiempo.

La historia de este desgraciado constituye una novela, que podría sintetizarse poniendo á los capítulos en que se dividiera los siguientes títulos: Infancia de Ullmo, alegre, rica y llena de esperanzas —Juventud estudiosa y meritísima.—Ullmo entra como guardia marina. – Termina con brillantez sus estudios.—Se hace querer de sus jefes y compañeros.—Desempeña comisiones científicas que le auguran lucido porvenir —Día fatal; encuentra á la hermosa Lison.— Ullmo se arruina por los bellos ojos de la *demi-mondaine*.—Sus caprichos son órdenes; sus deseos, imperiosos mandatos – Ullmo juega sus últimos billetes de 1.000 francos – Buscando descanso á sus quebrantos, se dedica á fumar opio.—Víctima de él, va perdiendo la voluntad, el sentimiento del deber y la idea de la dignidad. —Bajo este estado de ánimo, y sin medios para sostener á su amante, á la que adora, apela al último recurso – De la caja del capitán del barco roba documentos secretos —Con ellos en su poder, Ullmo encuentra á un espía extranjero Queriendo sacar aún más partido, y apremiado por su afán de dinero, pretende obtenerlo del ministro de Marina, fingiendo que va á hacerle revelaciones importantes, relativas á estos documentos.—Cayendo incautamente en el lazo, es víctima de sus propias redes y se le reduce á prisión.—Ullmo es condenado.



Ullmo ante el consejo de guerra.
Las cajas contienen las pruebas de convicción.

Con este sumario omitimos prolijos relatos. El castigo no es aún definitivo, porque interpuesto recurso, queda pendiente del Tribunal de Casación; en todo caso, podrá variar en la extensión de la pena; pero no hay duda de que habrá de imponérsele el castigo. Séalo como fuere, este proceso permanecerá al través de las generaciones como símbolo de la brusquedad de la caída en los bajos fondos del abismo criminal por la acumulación las más viles acciones que castiga el Código, como son: de abuso de confianza, robo, traición, estafa y por el móvil de este salto en la ignominia.

Ni pasión, ni odio, ni venganza hay, en efecto, en este sacrilegio patriótico del oficial. Quiere plata para continuar la fiesta, y como su amante es una mujer que pide mucho, ofrece al extranjero todo cuanto tiene: el secreto de la entrada de los cinco puertos marítimos de Francia, el Código de señales en tiempo de guerra y algunos datos más interesantes para la defensa de la Patria. Robó para obtener por valor de un millón.

Para conseguirlo, no omitió medio. La opinión pública queda satisfecha con el castigo, y estima, sólo por tratarse de un traidor, que ha sido justo y que el hecho ó hechos han sido debidamente probados, porque el caso es que el juicio ha sido completamente secreto y no se han dado á la publicidad más que insignificantes antecedentes. Una prudencia extrema presidió en tales asuntos y cuanto es medula y vida del proceso sigue envuelto en el misterio de la *puerta cerrada*.

Los periodistas, los dibujantes y curiosos privilegiados, no tuvieron más que un momento aprovechable: el del fin de los debates; y en ese momento, Ullmo, que confesó el robo, protestó de que hubiera vendido nada al extranjero; lo dijo mostrando la extensión de sus remordimientos y reconociendo su abyección.

El Tribunal ha rehusado toda circunstancia atenuante, en lo que le acompaña la opinión del país, cansada de tanto traidor y temerosa de que su integridad se vea algún día comprometida por las malas artes de los mismos.

¿Conseguirá esta severidad poner remedio al mal? Muy hondas raíces parece que ha echado ya.

El capitán Alvarez Caparrós.

Las diferencias surgidas entre el Ayuntamiento de Cartagena y los gremios de aquella localidad dieron lugar á manifestaciones de protestas, que felizmente terminaron por un honroso convenio de ambas partes.

Pero los elementos levantiscos que no descansan para demostrar en todas ocasiones sus malos instintos, aprovecharon el momento que se les presentaba, y queriendo sacar de las circunstancias partido para sus planes, paralizaron la circulación de tranvías, la carga y descarga del puerto, las fábricas de desplatación, cristal y fluido eléctrico y ejercieron otros actos de violencia para dificultar la vida local, en la que trataron de implantar el motín y el desorden.

Manda felizmente aquella compañía de Guardia civil el activo capitán D. Manuel Alvarez Caparrós, y dadas sus excepcionales dotes de mando, fácil le fué, auxiliado por los primeros tenientes D. Fulgencio Gómez Carrión y D. José de la Torre Ortega, restablecer la paz, á costa, eso sí, de un derroche de energía, de habilidad, de tacto, é inteligencia nunca bastante celebrada.

Sabemos que por quien está facultado para ello se ha aplaudido oficial y particularmente la labor meritísima de este capitán; sabemos que la prensa de todos los matices, sin distinción de éstos, le ha colmado de alabanzas y que todos reconocen que el no registrarse un día de luto en aquella ciudad, sólo es debido al tacto que desplegara. Por eso unimos á ese coro de elogios el nuestro modestísimo, sintiéndonos orgullosos de que Institución tan gloriosa como lo es la de la Guardia civil, tenga en su seno individualidades que de tal modo contribuyen á aumentar su renombre.

El año último hubo en Prusia 7.298 suicidios, de los cuales corresponden 5.594 á los hombres y 1.714 á las mujeres, ó lo que es lo mismo, en una proporción del 34 por 100.000.

En plena libertad.

Cuando se habla de pueblos libres regidos por leyes inspiradas en el respeto á los derechos humanos, se presenta como modelo á la liberal Inglaterra.

Pues bien; he aquí algunas disposiciones allí vigentes, que si hubiera algún ministro español capaz de aplicarlas en nuestro país, se agotarían todas las palabras duras y se consumiría la tinta de todos los rotativos para censurarle por arbitrario, déspota y retrógrado.

«El que venda á un joven de menos de diez y seis años, aparentemente, cigarros ó cigarrillos, *sea ó no para su uso*, estará sujeto á una multa de 2 libras por la primera vez 5 por la segunda y 20 por la tercera.

»Las personas constituídas en autoridad y policías ó agentes de parque deben apoderarse de los cigarros, cigarrillos ó cualquier otra clase de tabaco que encuentren en posesión de un joven de menos de diez y seis años, aparentemente, el cual esté fumando ó *apercibiéndose para fumar*.

»Las personas que dejen un niño en una estancia en donde haya fuego, pagarán una multa de 10 libras, caso de quemarse el niño.»

Para conocer toda la transcendencia de estas disposiciones, hay que fijarse en las líneas subrayadas, que no se atreverían á copiar los legisladores españoles.

La vendetta.

Un periódico ha publicado el siguiente relato; el horror que inspira es de tal magnitud que bien merece que le reproduzcamos en nuestras columnas.

En el pueblo de Gerace (Calabria) ha ocurrido una espantosa tragedia.

Un labrador notó que sus cerdos volvían del campo con el hocico manchado de sangre. Siguióles al día siguiente para averiguar de qué procedía tan extraña huella, y vió que entraban en el cementerio y se ponían á comer de los brazos de un cadáver que asomaban fuera de la tumba. La tumba era la del



modesto propietario del pueblo Estanislao Avellone, recientemente fallecido.

Acudieron las Autoridades y ordenaron que el cadáver fuese bien cubierto de tierra. Pero al ir los sepultureros á obedecer la orden, encontraron estupefactos que el muerto no era Avellone, sino un joven desaparecido de una aldea inmediata á Gerace, Andrés Campanile.

A fuerza de prolijas diligencias, se ha venido á saber lo siguiente:

Avellone, viudo y enfermo, vivía solo con su hija Lucía, una hermosa muchacha de diez y siete años. Andrés Campanile, que iba á Gerace frecuentemente, consiguió enamorarla. Los amores llegaron pronto á tal extremo, que Lucía no pudo ocultárselo á su padre.

Requerido Campanile por Avellone y Lucía para que reparase su falta por medio del matrimonio, se negó abiertamente. Ni las amenazas del pobre viejo ni las súplicas de la enamorada pudieron enternecerle.

A últimos de febrero, Lucía dió á luz un niño; Avellone, que ya estaba herido de muerte, no pudo resistir la vergüenza y el dolor de la catástrofe de su hogar, y murió á los pocos días.

Entonces Lucía, en quien el amor se había transformado en odio inmenso, concibió un proyecto infernal. Escribió á Campanile una carta llena de promesas apasionadas citándole para aquella misma noche (la del día en que su padre había muerto), pero ocultándole la nueva desgracia que le afligía.

Campanile acudió á la cita convencido de que Lucía, viendo imposible la boda, se había resignado á ser su amante. Lucía recibió á Andrés más enamorada que nunca y al servirle vino en la cena, le echó en la copa unos gramos de cloral, del que se había utilizado para los medicamentos de su padre.

Cuando Campanile cayó al suelo narcotizado, entre Lucía y un criado suyo le metieron en el féretro destinado á Avellone y sepultaron el cuerpo de Avellone en la huerta.

Al día siguiente se verificó el entierro. Los sepultureros, bien ajenos á que en el féretro había un hombre vivo, le dieron sepultura. Campanile debió de despertar medio asfixiado, y como era hombre de extraordinario vigor físico, lograría romper la tapa de la caja y lucharía hasta sacar los brazos á flor de tierra.

Como al día siguiente del entierro del supuesto Avellone desapareció Lucía, todo el mundo había creído que estaba con Campanile en la próxima aldea. Ahora, al descubrirse el crimen, las Autoridades han hecho gestiones en busca de ella, y fué encontrado su cadáver en el fondo de una acequia de las cercanías de Gerace. Entre los brazos tenía al niño.

Servicios.

En la noche del día 5 del actual tuvo conocimiento el cabo comandante del puesto de la villa de Iznajar (Granada), D. Cristóbal Muñoz Rodríguez, que en la madrugada del mismo día había sido asaltada y robada la casa del rico propietario D. Ramón Ortiz Gutiérrez, en ocasión de hallarse con su familia habitando de temporada en el campo. Seguidamente y acompañado de los guardias segundos Pablo Sánchez Sánchez y Miguel Canela Benjumea, se personó en dicho domicilio; y del detenido reconocimiento que se hizo, pudo deducir que los ladrones, para penetrar en el interior de ella, salvando una pared de tres metros de altura y recorriendo varios tejados de otro edificio contiguo, descendieron al patio de la casa robada, violentando un cerrojo de la puerta que da entrada á su interior, y penetraron dentro. Empezando el registro, se comprobó que en una de las habitaciones del piso segundo forzaron las cerraduras de todos los cajones de una cómoda, apoderándose de varios efectos de valor. Dicha fuerza comenzó á practicar tan activas diligencias, que dieron por resultado la detención de dos sujetos de pésimos antecedentes. Estos individuos negaban rotundamente ser los autores del hecho; pero acorralados por nuevas interrogaciones hechas con precisión, terminaron por confesar ser los ejecutores del mismo. Las prendas robadas han sido recuperadas en una cueva que existe en el campo, donde las tenían escondidas.

La fuerza empleada en la práctica de este servicio ha demostrado una grande actividad y pericia, ayudando al descubrimiento del robo referido, por lo que la felicitamos.

No encontró otro medio un procesado francés de manifestar el desagrado que le producía la sentencia que el Tribunal le infligía, que, al notificársela, hace unos días, apoyar los pies en el banco, dar un vigoroso salto hasta colocar las manos en la mesa y mantenerse así, con el cuerpo invertido, el tiempo que estimó conveniente. Hecho lo cual se reintegró á su puesto, deshaciendo el anterior movimiento, para luego entrar en la prisión. ¡Delicioso!

Quemada viva.

El Jacquot de Saint-Ouen, por su verdadero nombre Jacques Rausot, tenía una amante llamada Melania Lampereur, á la cual, por lo que se verá seguidamente, quería con *mucho calor*.

Los tórtolos decidieron echar una cana al aire, una cada uno, por lo que se acomodaron en un ventorrillo del boulevard Ney.

Jacques tenía un carácter violento, brusco y de malos modales. Melania era el espíritu de contradicción viviente, una de esas mujeres rezongonas, discutidoras, exasperantes, como hay muchas, que sin merecer el calificativo de malas, ni muchísimo menos, se dan trazas para acabar con la paciencia de un Job.

Ya decimos que el que la acompañaba no tenía nada de paciente, ni aun de prudente.

Con estos antecedentes sobre las personas de que hoy nos ocupamos, se comprenderá que las *peloteras* que á diario sostenían eran mayúsculas.



La de *autos* empezó por cosa de poca monta, como suele ocurrir en estos casos.

Empezó el disgusto, salieron las palabras fuertes, luego las gordas, después las injurias, después se oyeron las... bofetadas.

En lo fuerte de la reyerta, Jacques, con un movimiento bruscuísimo se desasió de Melania y de una fuerte patada la lanzó sobre el hogar que ardía en el ventorrillo.

Por pronto que se la quiso socorrer, y fué en seguida, ayudado por otras personas que en el local había, no se pudo evitar las terribles consecuencias de la brutalidad de aquel hombre.

Las llamas, que eran muy vivas, hicieron presa en el cuerpo y ropas de la desgraciada, produciéndola quemaduras extensísimas, en diferentes partes.

Fué conducida sin perder tiempo al hospital, donde no tardó en fallecer, víctima de horrorosos dolores.

Bien caro pagó la discusión que sostuvo con aquel hombre que se decía su amante, y tal vez como prueba de amor la dió aquel pago.

Seguros estamos de que ni este ni otros ejemplos servirán á las débiles mujeres de saludable enseñanza que las aparte de esos hombres que, titulándose amantes, las ultrajan y tratan como á bestias.

La ley de Lynch.

Los Estados Unidos continúan teniendo sus cosas, pese á la civilización de que blasonan.

Los lynchamientos se suceden, la justicia se la toman los que se creen ofendidos, sin aguardar á que los Tribunales sancionen la culpabilidad y marquen la pena.

Uno de estos lynchamientos acaba de verificarse en condiciones bien extrañas, como se verá.

Un negro del Estado del Mississipí cometió un acto repugnante: había abusado de una niña blanca. Se averiguó el delito, y la Gendarmería le llevaba preso ante el Tribunal que había de sentenciarle.



La multitud se interpuso en el camino, y venciendo los esfuerzos de los conductores, se apoderaron del negro.

Sin pensarlo mucho, viendo un poste telegráfico de allí no lejos, de él le colgaron, contemplando su oscilante cuerpo todo el pueblo, que saboreaba su venganza.

Lo singular de este caso, como decimos, es que presenció la ejecución el propio juez que había de presidir el Tribunal donde se conducía al negro.

Allá en el fondo de la conciencia de ese juez será donde se pueda precisar si el populacho hizo mal ó bien, porque si había de ser condenado á muerte, hay que convenir en que se ahorró tiempo, trabajo y *papel de oficio*.

El pueblo americano es muy dado á estas justicias populares.

Todos los pueblos cultos las rechazan; pero hay que reconocer que son vestigios de pueblos vigorosos, que no soportan que entre ellos vivan seres abyectos. Aquí, cuando al final del relato de un crimen, leemos en cualquier periódico: «gracias á los esfuerzos de la Policía el criminal no fué lynchado», hay que reirse; aquí no hay quien lynche, porque el sentimiento popular, si es que existe, no va por ese camino. Nosotros nos alegramos de ello, porque los vigores de los pueblos deben ser guiados hacia otros derroteros.

Los de al lado.

Dos buenos y amantísimos esposos, M. y Mme. Lebos, decidieron pasar la tarde en un concierto popular, sito en la calle del Chateau d'Eau. A su lado estaba un grupo de mal educados, que nunca faltan, y empezaron de zumba y burla hacía el matrimonio.

El marido comenzó á disputar con ellos, y, como es usual, entre los acomodadores y el resto del público apaciguaron los ánimos, aunque siempre mirándose de reojo.

La función terminó sin otro incidente y los esposos se retiraban á su domicilio.

Apenas el matrimonio puso los pies en la calle cuando fueron acometidos por los *vecinos de al lado*, en la función.

La agresión brusca, brutal y cobarde, separó al matrimonio, apoderándose parte de los acometedores del marido, y el resto, de la mujer.

Sin darles tiempo ni ocasión á defenderse, fueron acuchillados uno y otro por aquellos desalmados.

Esto, queridos lectores, ocurrió nada menos que en París, y por eso la cosa no tiene nada de particular. En la bárbara é inculta España ya sería otra cosa, que por algo Africa empieza en los Pirineos.

MISTERIOS DE LA INQUISICIÓN

Tranquilízate, corazón mío —dijo tiernamente la serena—, la guerra no se ha acabado, y tendremos que habérnosla con muchos enemigos. Tu puñal no se enmohecerá en la vaina, porque en Sevilla hay muchos infelices perseguidos por la Inquisición, y bien te acuerdas de que el apóstol nos tiene encargado que los salvemos siempre que sea posible.

—¿Pero cómo los encuentra uno? —exclamó Manofina.—Desde que dejé la Garduña, no he desenvainado el cuchillo sino para cortar los juncos del Guadalquivir con que tú haces las esteras.

—No te dé cuidado —dijo tiernamente la serena—; vendrá la hora, y pronto —; y al decir esto le sonreía con aire dulce y dejaba ver dos hileras de dientes blancos y lustrosos como los de un niño.

En este momento un soplo venido del exterior agitó vivamente la llama del hogar; las ramas sueltas y frondosas que colgaban en la entrada de la cueva como un cortinaje bordado, se separaron con zumbido prolongado.

—¿Quién va? —exclamó el guapo levantándose repentinamente y llevando la mano á su puñal.

—¿Qué es eso? ¿vas á matarme, hermano? —preguntó el recién venido con voz clara y sonora.

—¡Virgen del Carmen! —exclamó la serena—; ¡quién hubiera pensado que Coco viniera á visitarnos á estas horas!

—¿Nos necesitas para algo? —preguntó el guapo.

—Bien, bien, Manofina —exclamó el alguacil—; siempre el mismo, amigo mío; no has perdido el valor, aunque te hayas hecho ermitaño.

—¡Ah! ¡Dios mío! —suspiró el guapo—, ¡cuánto tiempo ha que no me habían dicho esto! .. ¡Cuán feliz eres, Coco! Tú vas, vienes, trabajas, finalmente, eres bueno para algo, al paso que yo. .

La serena le aplicó suavemente la mano á la boca para impedir que continuara: pero no necesitaba tanto el alguacil para adivinar el estado moral del guapo. La perspicacia es innata en Andalucía, y por esto, Coco había leído todo lo que pasaba en el alma de su antiguo camarada.

—Bien —pensó entre sí—; se fastidia, ya es nuestro.

—¿Qué hay de nuevo en Sevilla? —preguntó Culebrina procurando distraer la conversación.

—Mucho —respondió el alguacil con tono misterioso

—Vamos á ver —exclamaron juntos la serena y el guapo, alargando el cuello hacia él por un movimiento de ávida curiosidad.

—Calma, amigos míos —dijo el alguacil—, pues es algo largo de referir.

—Bien —dijo Culebrina poniendo bajo sus pies la saya encarnada que flotaba sobre la estera —; siéntate aquí, Coco, y dínos lo que hay.

—Sí, siéntate —añadió Manofina, cuyos ojos brillaban de impaciencia—; vamos á ver, hermano Coco, lo que pasa.

Coco se sentó, y Manofina fijó en el alguacil sus ojos brillantes como los del león del desierto.

—Ante todo, Manofina, preciso es que te diga —principió el astuto Coco— que la Sociedad de la Garduña aún no te ha reemplazado.

—Lo creo —replicó vivamente la serena.—¿Y acaso lo esperaba? —prosiguió con una indecible vanidad de mujer y de amante.

—Déjale hablar, Culebrina —dijo el guapo.

—Pues señor, decía —continuó el alguacil—, que tu plaza en la Garduña está aún vacante.

—Veamos á dónde vas á parar —dijo Manofina.

—Con todo, la Hermandad continúa siendo valiente, leal y fiel á los que la emplean.

—¿Lo dices para afrentarme? —murmuró sordamente el guapo.

—¡No, camarada, Dios me libre! quería solamente decirte que las funciones de la Garduña se hacen cada día más importantes, y que...

—¡Pues bien! ¿qué se me da á mí? —interrumpió bruscamente el guapo—; ya sabes que no pertenezco á ella.

—Por culpa tuya —dijo Coco.

—El apóstol me lo ha prohibido —replicó el amante de la serena.

—¿Por qué vienes á tentarle, Coco? —dijo la Culebrina enojada.— Esto no es de buen hermano.

—Si me dejáis hablar —dijo el joven tabernero—, no perderéis así el tiempo en palabras inútiles.

—¡Pues bien, habla! vamos á ver, mas ya te escuchamos... —replicó la serena.

—Es que me hacéis perder el hilo, sobre que ya no sé dónde estaba... ¡Ay! ¡ya me acuerdo! La Garduña está más floreciente que nunca, los inquisidores la pagan para acabar con los herejes, y los herejes quieren pagarla para acabar... no, para prender á los inquisidores.

—¿Cómo es eso? —dijo Manofina, cuyas miradas se animaban con fuego extraño, á las palabras del aguacil.

—¡Amigos míos! si supiéseis lo que pasa —prosiguió Coco; —el gobernador de Sevilla va á ser quemado, y su hija está en la cárcel para toda la vida.

—¡Jesús mío! —exclamó la serena—, ¿y qué se hecho don Esteban?

—¡Chitón! —dijo Coco poniendo un dedo en los labios y volviendo la cabeza á todas partes, como si hubiese temido que le oyeran—; de ése no debemos hablar, porque tal vez también le encarcelarían, y...

—Tranquilízate —se apresuró á decir Culebrina—, pues aquí no hay familiares; no tenemos otros vecinos que los buitres y las culebras, y éstos son menos temibles que aquéllos.

—¡Amigos míos! —continuó el tabernero—, si supiéseis lo que se prepara.

—¿Te explicarás por fin? —dijo Manofina impaciente.

—Allá voy —continuó Coco—: don Esteban de Vargas, que quiere salvar á toda costa á su suegro y á su novia, ha resuelto librar á los dos el día del auto de fe, y prender á los inquisidores.

—¡Ahí voy yo! —exclamó Manofina.

—Aguarda, nada harías solo; y he ahí por qué es necesario que la Sociedad de la Garduña, que está siempre dispuesta á batirse y á vengar á los inocentes, entre en la conjuración para asegurar el éxito.

—Bien sabes que ya no pertenezco á la Sociedad —observó tristemente Manofina.

—Justamente por eso mismo puedes servirnos, hermano —dijo Coco, viendo que ya había hecho las tres cuartas partes del trabajo, y que Manofina era suyo.

—Explícate, hermano.

—Ya te he dicho que el maestre no ha podido aún reemplazarte, y que te echa siempre de menos. Pues nosotros necesitamos la ayuda del maestre para llevar á cabo nuestra empresa y tú debes ir á encontrarle; porque como siempre has sido su favorito, no rehusará ser del complot si le prometes meterte en el ajo, porque con la esperanza de volverte á introducir en la Sociedad, hará cuanto quieras.

—Si le diera esperanza, le engañaría —respondió el guapo violentamente combatido entre sus instintos batalladores, su amor desenfrenado por el peligro, y la promesa que había hecho al apóstol.

—No necesitarás engañarle; si él tiene una esperanza vana, peor para él; tú no estarás obligado á cumplir lo que no hayas prometido. Además —añadió—, don Esteban es muy rico, y creo que la recompensa que estoy autorizado á prometer en su nombre á la Hermandad vale la pena de servirle. Vamos, amigo mío, prepárate á seguirme, pues ya es hora; ven á encontrar al maestre y despachemos; el auto de fe está fijado para de aquí á ocho días, y por lo mismo no debemos perder tiempo para disponer las cosas. ¡Al avío!

Quien hubiese podido estudiar en aquel momento el rostro del guapo, se hubiese asombrado al ver el inmenso poema de emociones que se desarrollaban en su alma á medida que hablaba el alguacil. Todas las fuerzas vitales de ese hombre enér-

gico, desde tanto tiempo inactivas, se habían despertado á la vez; su corazón saltó en su vasto pecho como un león desencadenado, y la fiebre del entusiasmo, la ardiente exaltación del valor mucho tiempo comprimido, daba á ese rostro varonil una grandiosa expresión, en el cual podían igualmente leerse desprecio del peligro y su profundo fanatismo religioso.

Había por fin llegado el momento de ejecutar el mandato del apóstol, á quien miraba como un enviado de Dios.

Iba por fin á combatir por la justicia, á combatir contra los opresores en favor de los oprimidos, y dando vuelo á sus facultades y á sus gustos más íntimos, á ganar el paraíso de Jesucristo. ¡El paraíso! esperanza de los pobres y de los afligidos...

El guapo se quedó por un momento agobiado bajo el peso de tan diversas sensaciones, y sofocado por la inmensa felicidad que iba á encontrarle.

La serena le contemplaba ansiosa, aguardando la decisión de «su amo y señor».

Por fin, Manofina se levantó, saltó como un toro salvaje, y ciñéndose el cinturón encarnado que sostenía su puñal, exclamó con voz poderosa:

—¡Marchemos!

Más lista la serena que una cabra montés, estaba ya en pie á su lado.

—¿A dónde vas?—preguntó el alguacil.

—Con vosotros—contestó orgullosamente.—¿Se haría acaso buena la fiesta sin mí?

—Sin duda—dijo el guapo apretándola tiernamente contra su pecho—; ¿acaso podemos ir el uno sin el otro?

Dicho esto, salieron los tres de la caverna.

(Continuará.)

Robo audaz.

El que ha ocurrido recientemente en París, de audaz puede calificarse. Rina Dunoyer pasaba, á la caída de la noche, por la calle de los Cases.

Cuatro ladrones la seguían, sin que ella se diera cuenta de la codicia de que iba á ser objeto

La dama francesa llevaba sobre sí una hermosa alhaja de forma de aspa, valorada en un millón de francos.

Los perseguidores no desconocían el valor de la joya, y el plan lo concibieron y realizaron con la mayor impunidad.



Al llegar la señora al sitio de la calle que ellos creyeron más á propósito, uno de los bandidos se lanzó sobre ella, sujetándola fuertemente; poco después, un segundo, ayudado de los otros dos, se precipitó sobre la víctima, sin darle tiempo para pedir auxilio.

Ya sujeta, la robaron impunemente la codiciada joya, que, como decimos, vale un millón de francos.

Las pesquisas de la Policía han sido activísimas.

Por fin, se ha dado caza á tres de los cuatro bandidos; pero el cuarto ni joya (que es lo más lastimoso), aún no han parecido.

Cuando estos golpes de audacia se pueden realizar en pleno París á una hora no inusitada, casi nos sentimos orgullosos de los atracos de Madrid, porque los atracadores parecen personas *prudentes*, que no buscan la populachería, por lo que escogen como teatro de sus fechorías las afueras de la villa y corte ó lugares poco frecuentados.

¡En París se adelanta que es una barbaridad!.

El famoso bandido turco Echakidji era el terror de Smyrna y su comarca; no había forma de reducirle; fuertes destacamentos de tropas empleadas en su persecución ó tenían que retirarse después de tan prolijas como inútiles pesquisas ó resultaban derrotadas en los encuentros que con aquél y sus secuaces sostenían. El Gobierno ha arbitrado un medio de arreglo con el bandido, el cual ha depuesto las armas á cambio de amplio perdón de todos los delitos y una fuerte suma que asegura para él y los suyos espléndido bienestar.

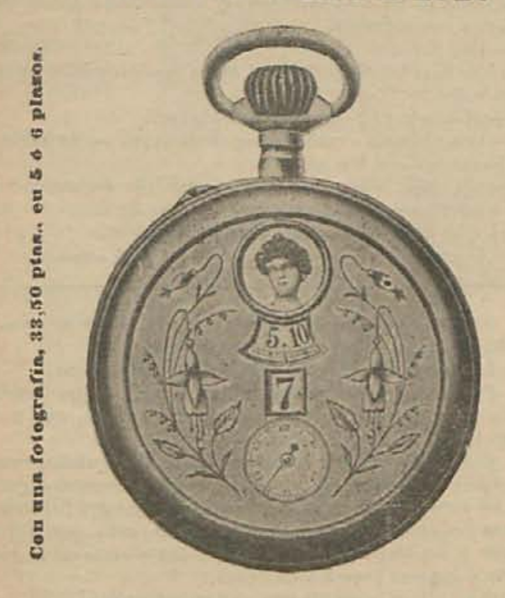
Por estas vergüenzas no se pasa en España.

***

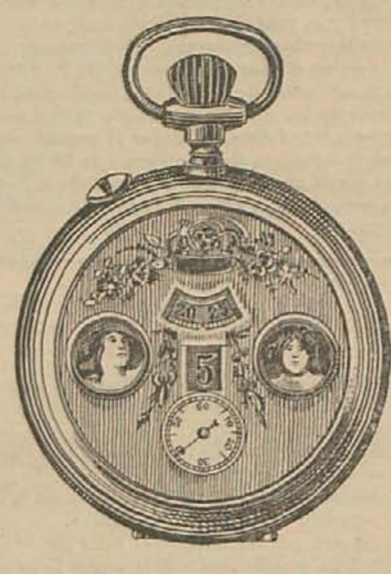
Tres jóvenes alemames de diez y seis y diez y siete años han sido castigados á presidio por haber violentado la sepultura de una señora, á la que despojaron de las sortijas con que había sido enterrada, las cuales vendieron en 25 francos.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY, Fuencarral, 59. — Madrid.



Con una fotografía, 33,50 ptas., en 5 ó 6 plazos.



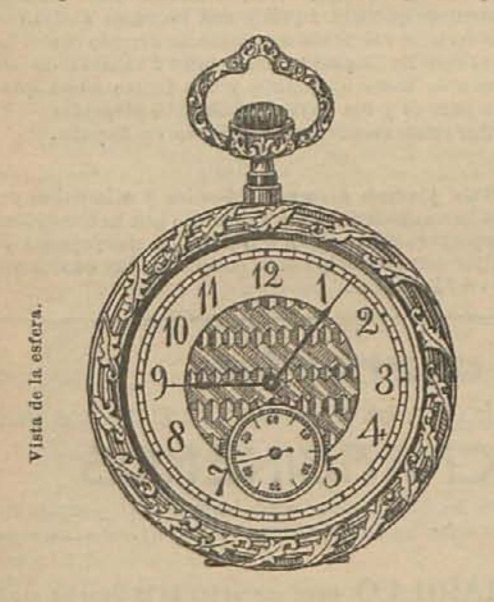
En 5 ó 6 plazos, con dos fotografías, 35 ptas.

El maravilloso reloj automático.

La última novedad, sin manilla ninguna, marca las horas y minutos con claridad; máquina fuerte, de áncora precisión. Tiene una y dos aplicaciones fotográficas, con cerquillo-medallón, se puede abrir y poner la fotografía que se quiera guardar como recuerdo.

Caja de acero azulado, semiplano, un poco más que el canto de un duro; todas estas combinaciones, forman un conjunto artístico tal, que no hay reloj más bonito que este que presenta el conocido industrial L. Thierry.

Aparte de su belleza artística, es de máquina de precisión y seguridad.



Vista de la esfera.



Vista del dorso.

El Precioso.

El conocido industrial Sr. Thierry presenta hoy su nuevo reloj, que seguramente va á obtener en los anales del Arte de la Relojería el nuevo triunfo, por su precio increíble en su baratura.

Dicho reloj es de forma plana, casi del canto de un duro, de metal símil-oro, con la tapa completamente esmaltada, con incrustaciones artísticas, también esmaltadas, corona de remontoir chapeada oro, asa Renacimiento, magnífica, esfera rica de metal dorada, y máquina fina garantizada.- Se hacen con distintos dibujos

Su precio es de 30 pesetas, pagaderas en 5 ó 6 plazos.

Advertencia. —Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación, para evitar errores ó retraso en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316